

## El mantel combinado

Hoy es sábado y los sábados para Chloë son mágicos. Con 13 años que tiene desea, como la niña pequeña que va al quiosco acompañada del abuelo a comprar chuches, que llegue ese día. Para ser más exacto las cinco de la tarde. Sí; sábado tarde, 17 horas.

Mientras sus amigas quedan en la plaza del pueblo para hablar de ropa, maquillaje y chicos, Chloë tiene una cita muy importante. Ha quedado con la señora Manoli, vecina del pueblo, quien le enseña a coser. Le encanta ir a su casa, le recuerda mucho a su abuela que vive en Francia. Además de aprender algo, es más divertido.

Aún faltan diez minutos para las cinco, pero Chloë sale de casa a toda prisa, con su mochila roja a la espalda y una gran sonrisa dibujada en su rostro. Coge la bici, se monta en ella, y al igual que el viento da un gran soplo, se empuja calle abajo hacia la vivienda de Manoli. Al final, gira a la derecha, y en cuanto divisa la casa, Chloë agita una mano gritando el nombre de Manoli a modo de saludo.

La señora Manoli siempre le espera en el porche, con su taza de café humeante en sus manos y una sonrisa amable en su cara.

Con sus sesenta y tres años de edad, aunque viuda desde hace dos años, resplandece felicidad. En gran parte, gracias a las visitas del sábado de la pequeña Chloë.

—Hola, pequeña, ¡buenas tardes! ¡Me encanta ese entusiasmo con el que vienes siempre! — dice Manoli con voz alegre.

—Hola Mano —le responde Chloë bajándose apresuradamente de la bici, que deja siempre tirada en el suelo de la entrada.

Ambas se abrazan. Chloë, nerviosa, quiere entrar ya. Deja pasar a la señora Manoli y cierra la puerta tras ella.

Dentro, huele a bizcocho recién hecho y a chocolate. ¡Mmmm!, para la merienda, —piensa la niña.

— Te he preparado un bizcocho de manzana como a ti te gusta. —le cuenta Manoli mientras entra en la cocina, enjuaga la taza en el fregadero y se seca las manos en el delantal.

— Muchas gracias Mano, ¡Mi preferido! —le responde Chloë con ojos vivarachos— ¡Mano eres la mejor! —Se agarra a su cuello y le da un beso en la mejilla.

Mano es el apodo de Manoli. Así la llaman de forma cariñosa, Chloë, y la gente del pueblo.

Chloë cuelga el “plumas” y su bufanda en el perchero del recibidor, y ambas pasan al comedor.

—¡¡Guaau!!! —grita Chloë al ver las cosas que hay encima de la mesa: telas estampadas con flores, otras a rayas, cajas de alfileres y de agujas, tijeras, entretelas, bobinas de hilos de varios colores, y dedos. Todo un arsenal que la deja cautivada—. ¡Qué maravilla!

Toman asiento una en frente de la otra. Chloë con sus ojos verdes abiertos de par en par, Manoli, cubriéndose sus ojos azules con las gafas y mientras coge las tijeras con ternura pero con firmeza le comenta a Chloë:

— Sabes pequeña Chloë, una buena costurera no tiene que temer a las tijeras. Mira.

— ¡Ah! —dice la niña, intrigada.

Manoli toma una de las telas y empieza a cortar. Las tijeras son muy grandes y pesan, o eso le parece a Chloë, además de estar muy afiladas. Se queda sorprendida viendo con que velocidad y seguridad Manoli utiliza las tijeras. Manoli apenas sabe leer y escribir, pero sus manos manejan con suma destreza las herramientas. A los vecinos del pueblo les gustan las labores de costura que realiza. Su trabajo es meticuloso y siempre bien hecho.

Chloë se pone manos a la obra y con sus tijeras más pequeñas y menos pesadas imita a Manoli. En menos de hora y media recortan un número de cuadrados y rectángulos de telas suficientes para realizar el mantel.

—¡Mira Mano! —Le muestra su tarea acabada como si de un examen se trata—. ¡Tenemos muchos trozos de telas! Me gustan mucho los colores y los estampados —comenta con voz alegre y entusiasmada.

—¡Cuanto me alegro, mi pequeña! De mayor serás una buena diseñadora de moda y te llamaré “*Ma Petite grande Coco*”, “mi pequeña grande Coco”

— Sí, ¡claro que sí, Mano!

Las dos se ríen a carcajadas.

— Antes de acabar la tarea de hoy, —añade Manoli—, te explico lo que haremos la semana que viene... —Manoli coge la caja de los alfileres y algunos retales— Mira, juntamos los bordes de dos trozos de tela y pinchamos con los alfileres. ¿Ves, Chloë?

— Sí ... —contesta Chloë con los ojos muy abiertos.

Chloë, con la boca, también, abierta, mira como Manoli clava los alfileres en las telas; con suavidad y rapidez. Los dedos de Manoli, finos y largos, se mueven con mucha agilidad. Chloë los compara a los dedos de las hadas.

—El sábado que viene hilvanaremos y coseremos a máquina los diferentes trozos de tela.

Por hoy hemos terminado. —Ambas aplauden—. A tomarnos ese bizcocho, pequeña ¡Chloë!

— ¡Sí ... que tengo hambre! le contesta Chloë con una gran sonrisa.

Se levantan de la mesa del salón y cogidas de las manos se van a la cocina cantando alegremente un villancico: “*Navidad, Navidad, dulce Navidad...*” Ahí les están esperando el bizcocho de manzana, el chocolate caliente y el buen humor.

Hoy es sábado y son casi las siete de la tarde. Mientras pasan frío las amigas de Chloë en la plaza del pueblo, escuchando música y hablando de sus cosas, la pequeña Chloë y Mano se divierten, a su manera.

La felicidad emana de la casa como el humo que sale por la chimenea, en un día frío de invierno.

*Lourdes Marie Hernández Ayora*

## Alternativas

Aquella mañana, Amparo, Piedad y yo estábamos sentadas en la acera de la estación de autobuses de Arousha, en Tanzania. Mirábamos a la gente que bajaba de un viejo autobús rojo y recogía los enormes fardos que les tiraban desde el techo.

Nos habíamos levantado muy temprano y habíamos conseguido los billetes que nos llevarían a Dar Es Salaam. De la tranquila sonrisa de la mujer bantú que nos vendió los billetes, no conseguimos adivinar cuál era nuestro autobús ni a qué hora salía. Lo que sí entendimos, por los gestos de sus manos, fue que debíamos esperar sentadas en la puerta.

No era un mal lugar, desde allí podíamos observar toda la actividad de la ciudad.

El reloj de la torre de la plaza marcaba las 8:10. El mercado se estaba llenando de gente, de colores y de olores. Iraqws, datogas y esbeltos masáis entraban y salían del Post Office, extendían sus puestos de frutas, verduras y carne o subían a los autobuses que no iban a Dar Es Salaam.

Cuando el reloj de la torre marcó las 10:00, fuimos a la taquilla de los billetes y la vendedora, con su tranquilizadora sonrisa y sus manos horizontales moviéndose con parsimonia de arriba a abajo, nos indicó que esperaríamos. Compramos en el mercado una piña y muchos mangos y, pensando que teníamos tiempo, partimos la piña y la comimos sin prisa.

A las 12:00 la indicación desde la ventanilla fue la misma, había que esperar.

Aunque nos inquietaban las 11 horas de viaje que nos esperaban, nuestro interés por mimetizarnos con el ritmo de la gente, nos dejaba disfrutar de aquel tiempo incierto.

A las 15:00 compramos sardinas en lata con el sello de las Unión Europea ya caducadas desde hacía dos años que, con la chapata calentita que estaban tostando en el puesto de al lado, nos supieron riquísimas. Después atacamos los mangos mientras nos limpiábamos el sudor y el polvo de aquel día de agosto.

Los puestos de comida se vaciaban y la gente se agolpaba en los de vasijas y ropa.

Los vendedores voceaban, suponíamos, sus últimas mercancías, y los conductores de autobús gritaban sus destinos.

A las 18:30 de la tarde, buscando la sonrisa tranquilizadora de la señora bantú que entendía nuestra espera, encontramos la ventanilla de los

billetes cerrada. El sol, ya muy bajo, bañaba la torre del reloj con tenues rayos anaranjados, los colores empezaban a perderse y se iban recogiendo algunos puestos del mercado. Al anochecer cargamos nuestras mochilas a la espalda y, con aquellos billetes en los que ponía algo en swahili volvimos al hotel en busca de una habitación para pasar la noche, convencidas de que todo había sido un malentendido.

Al día siguiente volvimos a intentarlo y nuestra amiga bantú de la billetería de la estación de autobuses nos recibió con la calma y la sonrisa que la caracterizaban, pero algo inesperado llegó a cambiar nuestros planes y a intensificar los recuerdos que nos han quedado de aquél viaje: los ojos de Hakim.

Hakim era un afgano asentado en Tanzania, alto, de complexión fuerte, con melena negra y unos ojos oscuros que invitaban a la confianza. Además de swahili hablaba inglés.

Lo encontramos cuando paseábamos entre los puestos del mercado buscando otra lata de sardinas. Nos propuso un viaje por el monte Meru que aceptamos inmediatamente.

Recuerdo muchos detalles de aquel viaje, algunos fueron impresionantes, como la embestida de un viejo elefante enfermo que atacó el Land Rover de Hakim. Huimos botando entre los baches del cráter del Ngorongoro mientras yo veía crecer sus enormes orejas por la ventana y Amparo reía con la inconsciencia y la felicidad que siente cuando viaja.

Otro día, mientras comíamos sentados en el suelo, descubrimos una enorme leona en la rama del baobab que estaba encima de nuestras cabezas.

Hubo otros muchos sucesos que voy olvidando, pero el recuerdo más intenso, que aún me acompaña después de muchos años, es la seguridad que me producía la presencia de Hakim y la ternura y profundidad de sus ojos.

Cuando Amparo, Piedad y yo nos reunimos, siempre hablamos de aquel maravilloso viaje y, por supuesto, de los ojos de Hakim. Estoy segura de que las tres compartimos el mismo encantamiento.

De Dar Es Salaam sólo me queda el recuerdo de la fotografía que estaba en mi guía de viaje por Tanzania, con casas de colores y un mar azul de fondo.

Nunca sabremos las experiencias que nos perdimos en Dar Es Salaam por culpa de aquel amor platónico y compartido.

*Belén Pérez Zurdo*

## El pozo

Cada tarde, agazapado detrás de la tapia, espiaba al viejo. Aunque en verano la frondosa higuera me servía de protección, en invierno había que andar con más cuidado. Todo el mundo sabía que el viejo tenía muy malas pulgas; yo nunca le había visto hablar con nadie excepto consigo mismo, y sabía que cada vez que pasaba delante de la puerta de nuestra casa escupía y maldecía. Aun así, yo no faltaba ni un día.

Al volver de la escuela mi madre me daba el bocadillo y me decía:

—Anda, vete a jugar a la calle con los muchachos y que no me entere yo de que te vas otra vez donde “ese”.

Pero a mí el viejo me fascinaba. Le veía trajinar en la huerta de un lado a otro, sacar agua del pozo para regar los plantones, amontonar malas hierbas, podar los árboles o recoger los fréjoles. Aunque lo que me hipnotizaba, lo que me obligaba a espiarle a diario, era ver como manejaba las herramientas; daba igual lo que hiciera, yo no podía apartar los ojos de sus manos. Parecía imposible que un hombre tan viejo tuviera unas manos tan hábiles.

Recuerdo una vez que, sentado en la pila del pozo, se afanaba en arreglar el asa rota de un caldero. Lo mantenía firme entre las piernas, tenía un alambre en una mano y las tenazas en la otra, y el caldero bien sujeto mientras sus dedos se movían como si estuvieran haciendo encaje de bolillos.

—¡Maldito seas, cabrón! —le decía al caldero—. La de veces que habré tenido que arreglarte el asa. Si no fuera porque eres tan viejo como yo, ya te habría tirado al pozo para no volverte a sacar de ahí —terminaba diciendo.

Entonces, como pensando, levantó la cabeza y clavó los ojos en el pequeño agujero desde donde yo espiaba; pero aunque estaba aterrorizado y el corazón me dio tal brinco que el bocadillo se me cayó al suelo, yo no me aparté de la tapia.

Al día siguiente, apareció en el huerto con un caldero nuevo y yo pensé «ahora tirará el viejo al pozo», pero no fue así. Colgó una polea nueva, colocó una maroma también nueva sobre ella y ató el cabo al caldero nuevo; después, escribió algo en el caldero, lo llenó de nueces y, finalmente, tiró el viejo dentro del pozo. Volvió a mirar hacia mi agujero y, aunque nunca llegaré a saber si fueron imaginaciones mías, estoy dispuesto a jurar que mientras me miraba, esta vez el viejo sonrió. Creo que fue la única vez que alguien le vio sonreír.

No habrían pasado ni un par de días cuando, al volver de la escuela, mi padre me dijo:

—Niño, lávate y ponte la ropa de los domingos, que nos vamos a la iglesia. ¿Un jueves por la tarde a la iglesia? Cosa rara; en mi casa no se iba más que los domingos. Pero mi padre ya estaba vestido y hasta se había puesto la corbata negra y un brazalete en la manga. Me dio la mano y me llevó al primer banco; allí estaba ya mi madre, también vestida de negro y con los ojos enrojecidos de tanto llorar, me abrazó y me dijo:

—Despídete de tu abuelo, se nos ha muerto esta madrugada.

Yo nunca había sabido quién era mi abuelo y menos aún que estuviera vivo. Fue entonces cuando, al acercarme lleno de temor al ataúd, vi al viejo del huerto, vestido con traje, muy elegante, con los ojos cerrados y el ceño tan fruncido como siempre.

Después del entierro mi padre me llevó al huerto y como se dio cuenta de que yo no me atrevía a entrar, me miró y me dijo:

—¿Qué te pasa, venías aquí todas las tardes cuando estaba vivo y ahora no te atreves a entrar?

No fueron solo las palabras de mi padre; la curiosidad me dio fuerzas para acercarme al pozo, y fue entonces cuando vimos lo que mi abuelo había escrito en el caldero nuevo: “Este pozo y todo lo que riega, mi única posesión, quiero que sea para mi nieto”.

Ahora que mi caldero está ya viejo y oxidado, soy yo quien riega el huerto todos los días, y mientras lo hago sé que desde el fondo del pozo, el caldero de mi abuelo me sonrío.

*Pilar Martín*

## El espía

Resultó intrigante vagar por las estrechas callejuelas del barrio judío la noche que fuimos a casa del espía. Las ciudades en las que la piqueta no ha acabado con la historia tienen un algo que las hace diferentes a medida que se acerca la noche, algo que te hace encoger, y más aún si ha llovido recientemente y los faroles se reflejan en las calles mojadas. Ni un alma, que se dice. Calles estrechas, ventanas apagadas, charcos en el suelo por los adoquines hundidos, y a lo lejos, muy a lo lejos, otro farol que está allí no para ver nada, que poco hay que ver, sino para indicar por dónde continúa la calle. Son barrios en los que se siente el sufrir de las persecuciones que ha habido a lo largo de la historia, y las calles no se sienten seguras. O al menos yo las sentía así.

Embutidos en nuestras gabardinas y mirando con prevención pero sin saber a qué, Alfredo y yo llegamos a la casa del espía. Alfredo, -siempre prevenido- llevaba en el bolsillo de la gabardina una pistola pequeña, pero que mataba en las distancias cortas lo mismo que las grandes.

—¿Por qué la pistola? —le pregunté susurrante.

—Por si acaso —me contestó.

Buena respuesta —pensé—, también la policía lleva pistola para por si acaso, porque en principio es el último recurso si hay resistencia a la autoridad y la defensa no es suficiente.

Alfredo dio cuatro aldabonazos con el picaporte. Normalmente se dan tres golpes, pero Alfredo dio cuatro porque el cuarto era la contraseña convenida para asegurar la presencia y la entrada.

Una figura humana nos abrió el portalón sin dejarse ver la cara que se inclinaba hacia adelante en un cuerpo encorvado. El hombre nos saludó con un leve gesto hecho con la cabeza y nos hizo pasar al salón, pero antes de llegar al salón tuvimos que recorrer un laberinto de pasillos y salas que comunicaban con otros pasillos y salas que terminaban en el salón, un espacio más de la enrevesada casa que daba a un callejón al que se accedía a través de una puerta oculta en un armario.

En el salón cuatro sillas alrededor de una mesa, una cómoda de tres cajones, paredes desconchadas de pintura, techos con signos claros de humedad, frío, y una miserable bombilla colgando desde el techo era todo el contenido de aquel tugurio. Y una ventana cerrada para que no se viera desde fuera que había luz en el interior o quizá para que no se escapara por ella la escasa luz de la bombilla. Porque claro, los buenos espías se relacionan con



sus citas en tugurios de este tipo para no ser vistos y pasar desapercibidos, pero no suelen vivir en ellos porque una residencia fija les termina delatando. Un buen espía utiliza estos trucos, que no va a quedar en una cafetería llena de gente en la que no hay intimidad ninguna para contarse los secretos, ni es el lugar adecuado cuando soborna, recibe encargos, o entrega informes. El espía, claramente, no vivía allí. Utilizaba el tugurio para los trapicheos con los que trabajaba, porque los espías son discretos por naturaleza, que en ello les va la vida.

El dinero estaba sobre la mesa, repartido como si fueran las cartas de una baraja, de tal forma que una persona avezada podía contarlos de un golpe de vista. Tampoco era una cantidad como la de los espías de las películas que lo llevan en un maletín –generalmente negro- que el que lo recibe lo abre y comprueba que los fajos tienen billetes y no sólo el billete de arriba del taco. No era el caso. Alfredo lo contó de una ojeada y se dispuso a recogerlo, pero en ese momento oímos pasos y, un hombre apareció en el salón por la misma puerta por la que lo habíamos hecho nosotros. Alto, fuerte, con abrigo, pantalón y sombrero negro, -porque los espías que trabajan por la noche se visten de negro para no ser vistos- preguntó señalándome a mí:

— ¿Y ese quién es?

—Es Sergio, mi ayudante, el que robó el informe de la constructora—

—¿Está advertido? —volvió a preguntar el espía.

—Sí, es de fiar, por la cuenta que le tiene —respondió Alfredo.

El espía señaló la mesa con la mano y dijo:

—Ahí está lo convenido, el informe está bien y surtirá su efecto.

Y se fue, sin más. Ni una despedida a modo de cumplido, pero es que los espías son así, poco dados a efusividades.

El espía, al sacó del bolsillo un billete de los de 50 y se lo dio al viejo encorvado, y casi sin saber por dónde salió del salón confundiéndose con la noche. Nosotros seguimos al viejo que nos guio por el laberinto de pasillos y salas que comunicaban con otros pasillos y salas que terminaban en este caso en un pasillo que llevaba hasta la puerta. Abrió, se asomó a ver si había alguien merodeando, y con un movimiento de cabeza nos indicó que podíamos salir.

Alfredo deslizó a mi bolsillo dos billetes de 500 nada más llegar a la calle y desapareció en una esquina.

Yo mientras iba a casa pensé en la pistola y en la frase que dijo Alfredo:

“Sí; es de fiar, por la cuenta que le tiene.”

*Juanjo Rodríguez*

## Me arrepiento

Entró en casa. Cerró la puerta tras él.

Dio un par de pasos y dejó caer la bolsa de viaje a sus pies. Intuyó, en la semioscuridad, el interruptor y encendió la luz.

Inmóvil, Miguel recorrió con sus pequeños ojos pardos la estancia. Hacía frío. Se quedó con el abrigo puesto.

Los latidos de su corazón se aceleraban a medida que observaba el mobiliario, las fotos colgadas en las paredes, los libros antiguos y otros objetos que se encontraban allí.

Andaba lento. Como si llevara un gran peso sobre sus hombros.

Miró a su derecha. Se fijó en el dormitorio de su padre; las sábanas revueltas, la manta en el suelo, la cama sin hacer.

Pasó por las dos siguientes habitaciones; sus puertas estaban sin abrir. Ni siquiera entró.

Llegó a la cocina que se situaba al fondo de la vivienda.

—Los platos de su última comida —manifestó, Miguel, en voz alta.

Estaban encima de la mesa, sin recoger. Las migas en el suelo, sin barrer.

Dio media vuelta; caminó con pasos cortos arrastrando los pies hacia el salón; lo examinó y escuchó el silencio.

Además de helada, la casa daba la sensación de vacío.

Llevaba cerrada tres días. Tres días que su padre, don Antonio, había fallecido. La casa reflejaba la soledad en la que vivía.

Miguel reparó en la chimenea, las cenizas sin recoger; decidió encenderla para conseguir un poco de calor. Con gestos pausados cogió unos troncos, papeles de periódico y un encendedor.

Se sentó en la butaca donde su padre siempre descansaba. Asió la botella de whisky que estaba encima de la mesa baja, junto a su copa, sin terminar. Con manos temblorosas se sirvió.

Entraría en calor tomando un trago —pensó.

Su mirada triste se fijó en las llamas que desprendía la madera. El crepitar del fuego, así como el calor que emanaba, llevó a Miguel a unos olvidados recuerdos.

En frente, encima de la chimenea, se hallaba una fotografía suya de cuando era un niño de ocho años, acompañado de su padre. Ese día fueron a pescar...fue el único día.

Cerró los ojos.

Unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas, sonrosadas, debido al calor del fuego y de la bebida.

Empezó a hablar, solo, dirigiéndose a su padre.

—Padre, cuanto siento tu pérdida. Cuántas veces querías que fuera contigo a pescar o a cazar, y yo siempre te decía que no...

Cuando era pequeño, me iba contigo, al campo; al mercado, pero...pero la niñez pasó rápidamente. Luego vino la adolescencia y me iba con la pandilla; de mayor con la novia.

(Se detuvo unos segundos, para tomar algo de bebida)

...y cuando me casé, mi trabajo y la familia fueron mi prioridad. Me olvidé de ti; lo reconozco.

(El llanto de Miguel se hizo más fuerte)

Siguió con su monólogo:

—Me llamabas muchas veces y yo nunca estaba en casa. Papá, cuanto lo siento...ahora ya no estás...

(El llanto de Miguel continuó)

...y me doy cuenta de lo que he perdido. Nunca acudía cuando me necesitabas, que lo que pretendías era pasar tiempo conmigo, con los niños... Yo me negaba siempre. ¡Padre!.... ¡papá!...— dijo, Miguel, casi gritando — lo siento mucho...mucho —terminó susurrando.

Miguel no dejaba de llorar. Le temblaban las manos y el cuerpo. Tomo un poco más de whisky. Intentó tranquilizarse.

Siguió hablando, solo:

—Padre, perdóname por no haber estado contigo cuando me lo pedías. ¡Perdóname! He sido egoísta con mi vida, con mis cosas... no hay nada que justifique mis acciones. Te dejé de lado... el tiempo pasa muy deprisa, los años incluso; llega la vejez, y un día, la muerte viene y nos lleva con ella. Te llevó...

(El llanto ahogaba sus palabras)

...padre lamento no haberte acompañado en tus actividades que tanto contaban para ti.— acabó diciendo mientras se cubría la cara con las manos y movía su cabeza de lado a lado, entre suspiros y más suspiros.

(Poco a poco, se fue serenando)

Al cabo de unos minutos Miguel se levantó, removió los troncos en la chimenea y se quitó el abrigo. Lo dejó caer al suelo. Cogió la fotografía. La miró y, con voz temblorosa, murmuró:

— Padre, estés donde estés...quería que supieses...que...que te quiero. Qué lástima no habértelo dicho en vida... ¡Lo siento!

Dicho aquello, se sentó en la butaca, tomó otro trago de whisky y abrazó la foto. El calor, el llanto y la bebida le dejaron agotado.

Miguel cerró los ojos enrojecidos por el llanto. En su cara se dibujó una leve sonrisa. En su mente, él y don Antonio se abrazaban.

Miguel se quedó dormido, en paz, consigo mismo.

*Lourdes Marie Hernández Ayora*

## **Los zapatos de Budapest**

Yo me bañé un día en los baños Gellert a orillas del Danubio y siempre he pensado que alguna vez volvería a hacerlo.

Cuando Ana, mi compañera de trabajo y de viajes, me propuso que fuéramos a pasar unos días a Budapest, las imágenes del Danubio desde el castillo de Buda se colaron en mi frente con más fuerza que las que entraban por mis ojos en ese instante.

Cada vez que me pongo a mirar billetes para cualquier parte del mundo, me entusiasmo imaginando las nuevas impresiones que me ofrecerá el viaje. Aquella tarde compré dos billetes de avión a Budapest para principios de febrero. Aunque quedaba un mes para ir, desde ese mismo momento empezó mi viaje. Busqué un mapa de la ciudad en la estantería de guías de viaje de mi habitación, me situé sobre el Danubio que separa a Buda de Pest, encontré en él los lugares imprescindibles de la ciudad y recuperé mis recuerdos del parlamento, del bastión de los pescadores, del museo de historia en el castillo de Buda y del café Central. Buscando más información, encontré otros lugares, desconocidos, que habían ido transformando la ciudad que yo visité hace ya muchos años: nuevos balnearios de aguas termales, nuevos museos y cafés, y algo que llamó mucho mi atención: “El monumento de los zapatos”. El monumento representa los zapatos abandonados por los judíos que el partido de la Cruz Flechada mandó asesinar de forma macabra. He leído que los ataban en grupos a la orilla del río, disparaban a algunos de ellos y todos caían al Danubio. Esta historia me impactó y me puse a leer todo lo que encontré sobre los judíos en Hungría.

Lo que más me impresionó fue la fragilidad del momento. Todo ocurrió durante los meses de diciembre de 1944 y enero de 1945, el final de la segunda guerra mundial. Si esos dos meses no hubieran existido, los 20.000 judíos y gitanos que fueron asesinados hubieran seguido al lado de su gente y con su vida, porque el 13 de febrero de 1945 el ejército soviético liberó Budapest.

Al día siguiente le conté a Ana todo lo que había descubierto y sólo me dijo que era por el monumento de los zapatos por lo que me había propuesto el viaje. No me dio más explicaciones y yo supuse que la imagen de unos zapatos al lado del río le habría llamado la atención, pero me extrañó que no mostrara más interés e incluso entusiasmo, porque ella solía ser muy vital cuando soñaba con un viaje.

Yo seguí buscando historias de Hungría y Budapest, mirando mapas de la ciudad y sus formas de transporte. Pero había algo que empezaba a preocuparme más que a extrañarme y era que Ana no participaba de mis planes; el viaje lo estaba preparando yo sola. Con el tiempo y con el trabajo que tenía fui olvidando esa preocupación.

Llegamos a Budapest una noche muy fría, aunque yo tenía sueño, intenté hacer planes para visitar la ciudad al día siguiente, pero Ana en vez de seguir mis planes, empezó a hablarme de su infancia. Me dijo, con cierta angustia, que sólo recordaba nítidamente su vida desde los 7 u 8 años y que, a veces, le aparecían recuerdos fugaces de imágenes de gente desconocida, de palabras que no entendía y destellos de una estrella amarilla. Esas imágenes la habían intranquilizado durante muchos años, pero nunca lo había hablado con nadie. Un día vio en una revista de viajes la fotografía del monumento de los zapatos al lado del río y se le agolparon aquellos extraños recuerdos por lo que sintió una inexplicable necesidad de acudir allí. Por eso me había propuesto el viaje; sin saber muy bien lo que buscaba y sin explicarse a sí misma porqué lo hacía. Le prometí que, a la mañana siguiente, muy temprano, iríamos a verlo.

Al día siguiente decidimos ir andando hacia las torres del Parlamento, que veíamos a lo lejos, porque los zapatos estaban muy cerca del edificio. Yo aprovechaba a ver la ciudad mientras consultaba el mapa para orientarme, pero Ana caminaba como un autómata, sin importarle por dónde, desorientada y ausente, aunque siempre buscando el Danubio. Cuando llegamos, nos quedamos petrificadas mirando esos pares de zapatos inmortalizados en una escultura eterna. Era como si, en ese momento, sus dueños acabaran de caer al río. Yo esperaba descubrir sus cabezas en el agua, que volvieran a salir y que volvieran a meter sus pies en sus zapatos, recuperando esas vidas segadas atrocemente.

Fue en ese instante cuando Ana cayó al río. Vi cómo se le doblaron las piernas y con los ojos cerrados, como inconsciente, se inclinó hasta caer. La vi hundirse. El hombre que estaba a mi lado y yo nos tiramos al agua helada a la vez. Cuando la sacamos del río la rodeé con mis brazos y una manta que alguien me prestó, intentando que juntas entráramos en calor. Tardó mucho tiempo en abrir los ojos, y de sus labios morados salieron unas extrañas palabras:

—Anyu.

Anyám elsullyedt.

—Ana, no te entiendo.

Después de un rato, me respondió:

—Mi mamá se hundió.

Y siguió hablando atropelladamente:

—Mi mamá y yo caímos al río y una mancha de sangre roja nos cubrió. Perdí su mano y ella se hundió.

Con el tiempo Ana fue recordando no sólo esa escena, sino también las caras de sus padres, la calle Karolu Kiraly de su niñez, -donde jugaba al trompo y que volvió a recorrer conmigo aquellos días-, los nombres de sus amigos del orfanato y algunas palabras húngaras. Poco a poco fue reconstruyendo una niñez talada de un hachazo.

Todavía duda, algunas veces, de si algunas de las imágenes que dibuja su memoria son escenas de una película o recuerdos encriptados en algún lugar de su mente herida.

Por supuesto, el día antes de volver a casa, nadamos entre las columnas de la hermosa piscina de los baños Gellert y, flotando en una de sus pozas a 40°, logramos reír recordando las frías aguas del Danubio.

*Belén Pérez Zurdo*



## La mosca

—Calma, mantén la calma —me dije a mí misma—, y me senté a reflexionar.

Ya sabéis lo que se dice, cuando no se puede avanzar lo mejor es dar un paso atrás. Así que empecé por hacer un examen de todo lo que había pasado en las últimas tres semanas. Yo tengo fama de vivir dentro de mi propia burbuja y no enterarme de lo que pasa en el mundo, tal vez ahí estaba el problema.

“Arde Troya y tú no prestas atención, pero como caiga una miga de pan en el suelo de tu cocina eres capaz de armar la de San Quintín”, suele decirme la tía abuela Gumer. Aunque, en realidad, eso mismo es lo que hace la mayoría de la gente, vivir al día con sus cosas, con lo cotidiano y sortear como puede los problemas que se van presentando.

Había aparecido un lunes por la mañana; la encontré nada más levantarme de la cama revoloteando en la mampara de la ducha. Yo aún estaba algo adormilada pero al verla me desperté de golpe. ¿Cómo era posible que a finales de febrero, aún en invierno, apareciera una mosca repugnante, enorme y negra incluso mayor que las que se suelen ver cuando está a punto de terminar el verano? Planteé el asunto en el café con los compañeros de trabajo pero aparte de las manidas respuestas como el cambio climático o cosas de la globalización a nadie se le ocurrió ninguna idea interesante.

—¿Qué mosca te ha picado? —se hizo la graciosa mi jefa cuando me sorprendió in fraganti consultando “Mosca” en la Wikipedia.

Aparte del cabreo que la estúpida observación me produjo, me di cuenta de que el asunto empezaba a obsesionarme.

—Esa mosca no puede ser de aquí —dijo el vigilante de seguridad cuando los comentarios sobre la mosca se hicieron “virales” en la oficina—. Ha tenido que venir en el equipaje de algún extranjero. Chino, seguro que chino —recalcó.

Y todos nos quedamos mirándole con interés, no porque su opinión nos pareciera inteligente sino porque para sorpresa general no añadió ninguna de sus apostillas xenófobas con las que siempre acompañaba a los grupos semánticos referentes a extranjero.

Pero tanto si era foránea como si no, lo cierto es que teníamos un problema: había que deshacerse del bicho fuera como fuera.

El método más fácil habría sido expulsarla sin más, pero fue tarea absolutamente imposible: supongo que las temperaturas fresquitas de la

época no convencían al moscón para alejarse del calorcillo de la chimenea. Así pues, no quedaba más remedio que recurrir al sacrificio del osado díptero.

Matar una mosca de tamaño normal no suele representar ningún inconveniente para casi nadie. Ya sabemos que hay animalistas radicales que te pueden tirar un zapato si intentas eliminar el insecto más insignificante, pero por regla general casi todos estamos encantados de podernos librar de esos bichos molestos e insanos.

En mi caso era el tamaño y no los escrúpulos morales lo que convertía en un enorme problema el acto ejecutor. Y elegir un buen método “mosquicida” era crucial, no servía cualquiera. El manotazo, por repugnante, estaba descartado sin más preámbulo. Igual de mugriento era utilizar esas tiras adhesivas que además añadían al trance un componente de cruel tortura, pues los bichos terminan falleciendo por hambre y sed, y uno tiene que ser muy cafre para no sentir empatía por cualquier ser vivo sufriente por muy insecto que sea. De los sprays, tan antiguos, ya ni nos acordamos; desde aquella campaña en defensa de la capa de ozono desaparecieron de mi casa y nunca más hemos vuelto a tener ninguno. Tampoco lo del 58 era una opción, ya lo habíamos intentado un verano en el pueblo y creo que las moscas aún se ríen de nosotros.

En cualquier caso, ahora estábamos en estado de guerra y es bien sabido que en la guerra y en el amor todo vale. Recordé, no sé por qué, una frase de un antiguo profesor. Él solía repetir que los idiomas eran como las ciudades medievales, para conquistarlas solo había dos opciones: o el asalto o el asedio.

Elegir el asedio para acabar con nuestra díptera habría sido esperar demasiado tiempo, así que el asalto era el único método al que se podía recurrir. Aunque ahora teníamos que encontrar el arma y una, vez descartados los sistemas tradicionales ya mencionados, apenas nos quedaban recursos. Pero aún teníamos una bala en la recámara. Y en ese momento todos volvimos los ojos hacia ella: Diva, nuestra gata. Diva era una persa de porte distinguido más propio de una faraona de Egipto que de un antiguo hospiciano rescatado de la indigencia por los servicios municipales; nada hacía suponer que bajo esos ademanes elegantes y delicados se escondía una terrible predatora: animal que veía, ya tuviera plumas, escamas, pelo o vistosas alas de colores, pasaba ipso facto a su guarida.

Justo cuando posábamos nuestras miradas aviesas sobre Diva, llamó la tía abuela Gumer para decir que no nos preocupáramos por ella, que estaba bien, que no necesitaba nada porque había sido previsora, que si nos hacía falta papel del váter que se lo dijéramos pues tenía diez paquetes de los grandes, y que qué nos pasaba pues no nos veía en el balcón a las ocho. Colgó sin esperar respuesta, lo que yo agradecí enormemente pues me había quedado de piedra. Primero, porque la tía abuela Gumer, que vivía en el piso de arriba, jamás de los jamases nos había llamado por teléfono: su costumbre era presentarse en casa sin más. Segundo, porque yo no entendía ni jota de todo lo que me había dicho. Tercero, porque mi única preocupación era matar a la mosca y el verdugo, en vez de actuar como tal, se estaba enroscando entre mis piernas.

Encerramos a Diva a solas con el díptero en el cuarto de baño y esperamos un tiempo que creímos prudencial. Un tiempo feliz que aprovechamos para retomar nuestra vida cotidiana. Muy satisfechos de nosotros mismos con lo que pensábamos había sido una brillante idea, nos sentamos a tomar una cervecita mientras esperábamos el deseado resultado final. En ese momento la tele en un tal Fernando Simón decía que se estaban tomando las medidas adecuadas...

La frase nos hizo recordar que Diva ya habría tenido tiempo suficiente para acabar con la mosca. Abrimos la puerta del baño muy despacio y con sigilo, con la emoción y los nervios que se sienten cuando consultas los resultados del sorteo de Navidad (“¡mira que si nos toca!”) y la volvimos a cerrar con la misma decepción que se siente al romper los décimos. Decepción, sí, decepción. Porque la mosca no solo estaba viva y coleando, sino que además se había hecho amiga de Diva y jugaban felices a la tula; porque reconocer que los partidarios de los perros tenían razón era muy triste: por mucho que te duela, nunca vas a encontrar lealtad en un gato; porque, y esto era lo más deprimente, una semana después aún no habíamos conseguido acabar con una simple mosca.

¿Una simple mosca? Solo el más simple de los simples, o sea yo misma, podía llamar así a la dichosa mosca. Y la demostración a tal evidencia estaba en mi propio móvil. Mi “querida” jefa me acababa de escribir por WhatsApp: «¿A qué juegas? Ya te vale. ¿Cómo se te ocurre traer el bicho a la oficina? ¡Ven aquí inmediatamente!», ilustrando el texto con una foto de una enorme mosca posada en la pantalla de su ordenador.

Al estupor, en mi cabeza se amontonaron las preguntas: ¿Sería esa mi mosca? ¿Qué hacía en la oficina? ¿Qué hacía mi jefa en la oficina un domingo por la mañana? La respuesta a la primera duda se resolvió inmediatamente, Diva seguía en el baño jugueteando con el neóptero y la felicidad seguía reflejada en su falsa sonrisa gatuna.

La orden también se resolvió por sí sola porque en ese momento aparecieron en la pantalla un tal Pedro Sánchez y un tal Salvador Illa diciendo que estaban tomando las medidas adecuadas y que nadie saliera de su casa. Yo, entregada por completo a la resolución de mi alado problema, no sabía ni quiénes eran ni de qué hablaban esos señores, pero me vino muy bien el confinamiento como excusa para no tener que obedecer a mi jefa.

—Jefa, siento no poder acatar tus órdenes —le dije por teléfono, procurando que la ironía no se traspasara a la pantalla de su móvil—. Como tú siempre estás al día de todo, ya te habrás enterado del aislamiento, —sonreí secretamente al interpretar su silencio como estupor, sorprendida de que yo pudiera tener conocimiento de alguna noticia que ella no supiera de antemano—. Por cierto —añadí como quien no quiere la cosa—, ¿qué haces en la “ofi” un soleado domingo por la mañana?

—Me llamó el vigilante porque algo hizo saltar las alarmas —dudó un segundo buscando una respuesta—. Parece ser que fue la mosca —acabó diciendo.

—Ja, ja, ja, vas lista si piensas que me voy a creer eso —me dije a mí misma mientras le enviaba un vídeo de Diva jugando con mi mosca para demostrarle que se trataba de distintos ejemplares.

No es que yo sea desconfiada, pero las moscas campan a sus anchas por nuestros despachos en verano y nunca han hecho saltar ninguna alarma: estaba claro que la muy raposa (por utilizar un término apto para todos los públicos) aprovechaba los domingos para espiar nuestros ordenadores. Pero la jefa siempre tenía que decir la última palabra así que acto seguido me mandó una foto con su mosca panza arriba, muerta y bien muerta con la frase “asunto concluido”, lo que me crispó para el resto del día. ¡Era increíble! Yo llevaba una semana intentando inútilmente acabar con el insecto y ella en apenas un par de minutos ya le había dado sepultura. Pero aún había más, ¿la foto era únicamente la demostración del exterminio o incluía algún mensaje subliminar como una amenaza de despido? Con la jefa una nunca podía estar segura.

Solo conseguí olvidarme de la cruel filosofía de despacho a la hora de comer, cuando en mi cabeza se impuso la realidad inmediata. Es que aún no os lo he dicho, pero la mosca se había instalado de tal manera en nuestra casa que tenía los hábitos perfectamente organizados: por la mañana estaba en el baño; a mediodía solía posarse en la ventana de algún dormitorio mientras Diva se enroscaba en un cojín; hacia las dos de la tarde, haciendo gala de sus buenas condiciones dípteras, se exhibía por todo el salón seguida de la gata que, encantada con el juegucito, saltaba de mueble en mueble. A la hora de la comida, intentado apoderarse de cualquier alimento que hubiera sobre la mesa, se presentaba en el comedor mientras nosotros pretendíamos sin éxito ahuyentarla como fuera. Y era tan osada que saltaba del cordero asado a la calva del abuelo sin ningún miramiento. El resto de la tarde lo pasaba en la cocina con el consiguiente disgusto de todos. Nunca pudimos saber, ya nos habría gustado para arrearle un letal garrotazo pillándola desprevenida, dónde pasaba las noches.

Así que, en ese momento, la realidad inmediata era una mosca del tamaño de un abejorro intentando comerse nuestra paella dominguera. Tengo que aclarar que lo que más nos gustaba de nuestra paella era la subasta de la única cigala que pretenciosamente ponía la abuela en el centro. No voy a molestarme en deciros quién fue la agraciada con el crustáceo ese domingo porque estoy segura de que lo habréis adivinado. Del mismo modo que habréis adivinado ya a estas alturas el estado en que se encontraba nuestra particular guerra con la susodicha. Por cierto, la abuela nunca más ha puesto cigala en el arroz.

Por si alguien se ha despistado, este es el parte correspondiente al séptimo día de la declaración del Estado de Guerra:

Enemigos abatidos: Ninguno.

Efectivos abatidos: Todos (más que abatidos, desmoralizados).

Armas disponibles: Ninguna (nuestra única arma operativa, Diva, se había pasado al enemigo).

Víveres disponibles: Visiblemente mermados (casi todos habían caído en manos enemigas).

Como resultado de las acciones militares emprendidas, los sitiadores habíamos pasado a ser los sitiados. En resumen, el enemigo había tomado el completo control del escenario bélico.

Los estados de emergencia permiten temeridades y osadías que en otras circunstancias no se te ocurriría hacer ni loca, por ello me tragué mi

orgullo, que tengo que reconocer que es tamaño XXL y escribí a la raposa (no voy a repetir lo de los niños) para que me dijera cómo había dado garrote a la díptera de la “ofi”. Tardó una eternidad en responder y cuando lo hizo fue para decirme que cómo iba a ser, que igual que se mata a cualquier mosca, y que disculpara la demora en responder pues la pillé justo en los aplausos. Y terminó con un “carita sonriente” que yo interpreté como “anda y que te den”.

Para rematar la tarde, llamó mi cuñado José para preguntar si estábamos enfermos; cuando respondimos que estábamos bien de salud aunque la mosca nos tenía desquiciados mentalmente nos dijo con mucha suficiencia que nos dejáramos de estupideces, que eso se arreglaba saliendo al balcón a las ocho a aplaudir y qué hiciéramos el favor de no faltar otra vez, que los vecinos ya estaban murmurando. Y colgó el teléfono sin más despedidas.

¿Pero qué moda era esa de salir al balcón a las ocho a aplaudir? ¿A aplaudir a quién, a la puesta de sol como hacen los hippies en el Cabo de San Vicente? Lo que nos faltaba, con el problema que teníamos en casa a mí no me verían haciendo esas payasadas.

Sin embargo, no todo estaba perdido. La llamada me recordó el regalo de Reyes que me había hecho ese año mi cuñado. Seguro que ahora mismo alguno está pensando que ya empezamos con el “topicazo” de los chistes de cuñados. Pues no, más bien al contrario; mi cuñado es estupendo y siempre acierta con los regalos: prácticos y originales. Aunque tengo que reconocer que ese año fue más original que de costumbre y yo había tardado bastante en encontrarle la utilidad. De hecho, solo ahora se la estaba viendo. Claro, ¡a quién le va a hacer gracia que le regalen no uno, sino dos matamoscas “made in china” y con forma de raqueta! Desde luego, a mí no me hizo ninguna, aunque el resto de la familia se rio a carcajadas. A punto estuve de tirarlos al contenedor, y aún no sé por qué motivo no lo hice. Así que rebuscamos por toda la casa hasta encontrar los matamoscas en la bolsa de deportes, leímos con detenimiento las instrucciones, comprobamos que tenían las pilas cargadas y que funcionaban correctamente, y nos dispusimos a utilizarlos con toda la saña y maldad que el orden de los primates ha acumulado contra el orden de los díptera desde el Cretácico.

Como por la noche éramos incapaces de saber el paradero de la mosca, decidimos esperar a la mañana siguiente para proceder a la ejecución. Relajada porque, ahora sí, el final ya era inminente, yo me fui a la cama

canturreando la canción de Krahe: “Pero dejadme que yo prefiera la hoguera, la hoguera, la hoguera...”; aunque mi mosquita vería cumplir sus días no en una hoguera, sino en una versión actualizada y adaptada de la silla eléctrica: “La silla eléctrica es moderna, americana, funcional. Pero dejadme que yo prefiera...”. Desde luego que mis raquetas eran eléctricas y funcionales, aunque no americanas, pues ya he dicho que eran chinas.

“Qué cosas tiene la vida —recuerdo haber pensado mientras me intentaba dormir—, ¡mira que si el vigilante tiene razón y la mosca es china!, morir así, abrasada por un matamoscas chino no deja de ser una paradoja”. Y fue entonces cuando se me iluminaron las ideas y me dije: “O sea, que los chinos me mandan el problema y luego les tengo que comprar a ellos el remedio. ¡¿Serán raposos?!”.

Pensar en esa retorcida posibilidad me desveló y encendí la tele. Una tal Verónica Casado, con la mascarilla puesta, decía que se estaban tomando las medidas necesarias. No sé qué tenía su voz, pero fue oírla hablar y dormirme como un lechón hasta la mañana siguiente.

Por fin había llegado el día D y la hora H de nuestra liberación. Como todos queríamos atizarle a la mosca y solamente teníamos dos raquetas, hubo que hacer sorteo. Yo reclamé mi legítimo derecho pues ambas raquetas eran de mi propiedad; derecho que solo fue aceptado, aunque a regañadientes, cuando amenacé con devolverlas a su bolsa de deportes. Una vez aclarada la situación, nos encerramos el abuelo, que había resultado agraciado en el sorteo, y yo en el baño, con nuestras respectivas raquetas y sin Diva, a la que casi tuvimos que narcotizar para que se apartara de su aliada y saliera del campo de operaciones.

No voy a detallar el desarrollo de la contienda pero sí os diré que se saldó con un frasco de *Calvin Klein One* roto y una brecha en la cabeza del abuelo que tuve que curar como pude con nueve puntos de aproximación, pues no hubo manera de que en el 112 cogieran el teléfono.

Entonces llamó la tía abuela Gumer, preocupada porque la habíamos despertado con el ruido. También nos dijo que había conseguido cerveza y mucha levadura y que si necesitábamos, que fuéramos a buscarla a su casa que nos la dejaba en la puerta. Que porqué seguíamos sin salir a las ocho. Que estaba harta de los moscones enormes que había este año, que todos los días tenía que matar por lo menos uno, aunque menos mal que los botes insecticidas no se habían acabado en el súper. Y colgó sin esperar respuesta, como ya era costumbre en la familia.

¡Pero, bueno, eso era increíble, pasmoso, imposible, inusitado, imperdonable, asombroso, insólito, inverosímil... pero, sobre todo, absurdo! ¿Es que todo el mundo era capaz de matar una mosca menos yo?

—Calma, mantén la calma —me dije a mí misma—. Y me senté a reflexionar.

Ya sabéis, cuando no se puede avanzar lo mejor es dar un paso atrás. Dar un paso atrás en el vals o en el pasodoble es fácil: un paso adelante, un paso atrás; uno adelante, uno atrás; pero, en una guerra ¿cómo se da un paso atrás? No hay nada que te sirva de guía. Así que volví al principio para ver donde tenía que empezar a dar el paso atrás. Y el principio, os recuerdo, era la Wikipedia.

Cuando todo tu mundo se tambalea, parece una chifladura dedicarte a la investigación; pero yo, después de rebasar todos los límites de la histeria, había entrado en un mar en calma chicha. Así que, me preparé una infusión calentita y relajante, abrí el ordenador y me dispuse a enfrascarme en la lectura de esa “Biblia moderna”, donde lo mismo encuentras el nombre de la capital de las Islas Cocos que la receta del caldillo de perro. Y, cómo no, allí estaba también la solución a mi problema. Conque, busqué en la estantería “La tesis de Nancy”, que a mí siempre me relaja, y me dediqué a esperar.

Dos días más tarde, un lunes por la mañana, casi cuatro semanas después de aparecer, allí estaba ella, en el suelo de la ducha, con sus seis patas para arriba, con sus dos alas y sus dos halterios para abajo, con sus dos ojos compuestos bien cerrados (esto es un decir porque esos bichos no tienen párpados). En resumen, muerta y bien muerta.

Ya veo yo por ahí a alguno diciéndome: “¿Seguro que el bicho era una mosca? Pero, ¡que las moscas solo viven un día!”. Pues no, listillo, que bien claro lo dice la Wiki: “en general la vida promedio de una mosca es de 15–25 días”.

Es lo que pasa con los problemas, nos empeñamos es darle vueltas y buscar soluciones y al final se arreglan solos. Bueno, al menos ahora ya podíamos salir al balcón a las ocho a ver qué era eso que hacían los vecinos. Y salimos al balcón, toda la familia, hasta la gata. Aplaudimos, toda la familia, menos la gata. Volvimos dentro cantando “Resistiré” toda la familia, creo que también la gata. Y allí estaban, entre las cortinas del salón, ¡dos enormes y negras moscas como las que solo se suelen ver cuando está a punto de terminar el verano!



Claro que ahora ya teníamos experiencia y no nos íbamos a acobardar por unas moscas de nada por muy enormes y negras que fueran. Sin pensarlo dos veces, cogí el teléfono y llamé: “¡tía abuela Gumer, déjate de cuarentenas y ven aquí inmediatamente con el insecticida!”.

*Pilar Martín*

## En el autobús

Los que suben en el autobús de las 8 es porque empiezan a trabajar a las 8,30. Los que suben en el de las 8,30 es porque comienzan a trabajar a las 9. Se les ve adormilados y no hay apenas conversación más allá del buenos días, y a veces ni eso. No suelen llevar nada, un paraguas si amenaza. Son oficinistas y administrativos, y lo tienen todo en el despacho. No necesitan llevar nada. Los que suben a autobús de las 9 son más variopintos. Los hay con cartera como de gente importante, aunque no lo sean, pero algo hay que llevar. Los de las 9 son los trabajadores que tienen la jornada partida, es decir, también trabajan por la tarde, aunque sólo sea un rato. Suben también a las 9 los escolares que se han quedado dormidos y se saltan la primera clase. Estos llevan mochilas con dibujos o de sus respectivos equipos de fútbol, y dentro un bocadillo para media mañana.

Cuando nosotros éramos chicos no llevábamos ni carteras aparentes ni mochilas ni bocadillo. Para lo primero no daba, lo segundo no se había inventado. Es como el chándal, los pantalones vaqueros o las deportivas, que tampoco se habían inventado. Ni llevábamos bocadillo, porque teníamos jornada partida. Llevábamos un cabás de cartón, y dentro plumier -el mío tenía dos pisos y llevaba pintado al tío Gilito- con lapiceros y pinturas, que tampoco se había inventado lo de los rotuladores, y los bolígrafos eran demasiado novedosos. Y todos los días llevábamos la enciclopedia de Santiago Rodríguez Burgos que era el compendio de la sabiduría. Tardé un tiempo en darme cuenta que después de Rodríguez había un punto, y que Burgos no era apellido, sino donde estaba hecha.

En el autobús de las 9,30 suben las señoras con sus bolsos colgados del hombro y tardan un rato en encontrar la tarjeta del autobús. Es que en los bolsos de las señoras hay de todo y cuesta encontrar la tarjeta. Las señoras del autobús de las 9,30 van de compras al supermercado, que suele abrir a las 10. Algunas llevan un carrito de esos de los que se arrastran, que suelen tener tres ruedas para facilitar las escaleras. Son carritos útiles para meter las compras siempre que se coloquen bien las cosas: las más resistentes en el fondo, las empaquetadas en el medio, las blandas y delicadas arriba. Es lógico, no van a poner la docena de 2 huevos o el pescado abajo, porque se aplastan. Después el carrito se queda estorbando por la casa toda la semana, pero es así. También suben en este autobús los que van a consulta médica. Suelen llevar una bolsa con radiografías y cosas de esas, que se nota, y además llevan cara como de preocupados. En el autobús de las 9,30 suben

también un buen número de personas que casi no llevan nada, pero se le supone que van a hacer gestiones de algún tipo como ir al banco a protestar porque le han subido las comisiones, a protestar por la cláusula suelo o porque le han pillado las preferentes. Llevan un portafolio o una carpetilla para llevar los papeles ordenados, pero poca cosa.

A medida que avanza la mañana las conversaciones en el autobús son más fluidas y animadas. Y si los de las 8 ni buenos días, los que suben al autobús de las 11 son mucho más expresivos, y más todavía si son mujeres: se saludan a distancia, se buscan asientos contiguos y enseguida se nota si se caen bien o si se caen mal. Un buen autobús es el de las 11: si ocupas un asiento de los altos de la parte de atrás -los que van encima de las ruedas traseras aunque es donde más se salta- y pones atención, te enteras de todo: la que va a la peluquería porque es viernes y el sábado tiene boda, el que ha sido abuelo recientemente y está un poco tonto, o te enteras de que le ha dado un no sé a no sé quién. No suele hablarse de política, ni de fútbol, ni de religión, ni de libros. Las señoras suelen hablar de cosas que salieron en la televisión el día anterior, o de los chavales que son unos ineducados y sinvergüenzas que le dan patadas a las papeleras. Los señores hablan del tiempo, que si hace bueno que si hace malo. Pero hay conversación, y se nota. Bueno...también en el autobús de las 11 y de las 11,30 suben chicos jóvenes con carpetas gordas o mochilas. Son estudiantes que van a algunas clases en la universidad. Pero estos jóvenes no hablan porque no escuchan al tener los auriculares metidos en las orejas e ir a su bola con el teléfono en la mano.

A las 12 y 12,30 el autobús comienza a traer a los que llevó por la mañana. Las señoras vienen con sus carros rebosantes -según las necesidades y los que sean en casa, que es diferente comprar para dos que para siete- y tienen el tiempo 3 suficiente para preparar la comida que ya dejaron hilvanada antes de coger el de las 9,30.

Una auténtica torre de Babel son los autobuses de las 13, 13,30, 14 y 14,30. Son autobuses de vuelta y hay que escapar si se puede de ellos. Las conversaciones han evolucionado hacia algarabía, es imposible encontrar asiento y tienes que agarrarte a las barras como puedas porque te vas para un lado y para otro. Y que no te toque un gordo -o gorda, que da igual- que por algo la gente procura dejarle más sitio si te fijas.

En el autobús de las 15 regresan los que no han podido venir en los anteriores, por la razón que sea. Unos dirán que porque había mucha cola en

lo que iban a hacer -protestar en el banco, arreglar unos papeles, que se le escapó en de las 14,30 o cosas así-. Otros están callados. Es gente que tiene cara como de enfadados y que vuelve en silencio. Es ya un poco tarde y no se tienen ganas de nada por el cansancio de la mañana y porque el estómago empieza a manifestar su queja.

Pero todo esto era antes. Ahora y por culpa del bicho ese que anda suelto por todas partes, en el autobús suben cuatro personas y el conductor cinco, todos enmascarados. Y muchas veces ni cinco.

*Juanjo Rodríguez*